

PRESENTACIÓN

Escribir la introducción a un libro, y más si ese texto previo va a anunciar el lenguaje acendrado de la poesía, es trance comprometido. Y puede hacerse turbador si el prologuista se siente concernido en sus sentimientos. Así le ocurre al que firmará estas líneas, que no serán extensas, pero sí cordiales, en la más pura etimología: lo que se refiere al corazón. Al fondo de estas Consolaciones yo veo y oigo y siento al que fuera músico y poeta, que aquí inspira al jurista y poeta, su hijo, ahora entregado a la recordación.

José Castro Rabadán sabe que la verdadera poesía aspira a la universalidad y que en ella la voz de un hombre vale como voz de todos los hombres. Por esto, su poemario no se detiene en los lances de la memoria personal y se adentra en los territorios de la música, desde ese "Preludio" que podría entenderse como la angustia del creador ante la página todavía en blanco, cuando la melodía desordenada se aparece inquietante, "instantes dramáticos ante las ruinas del abismo sonoro".

Y con la música, el cortejo de otras artes, las que acompañan al hombre en la tierra para que las horas merezcan ser vividas. Qué otra cosa podría decirse de esa catedral tantas veces cantada en su verticalidad hacia el cielo, como Castro hace, ciertamente, pero sin olvidar -y esta es la verdad- su misteriosa proyección hacia dentro, "embudo del tiempo".

En otros poemas, el acompañamiento no viene del arte de los hombres sino de la mano de Dios, evidente en la naturaleza. Con decoro salva nuestro poeta el asedio del tópico, y así las encinas -sólo un ejemplo- son contempladas más allá de lo paisajístico, con una mirada casi metafísica...

Luego veremos ampliarse el tono del libro, con la entrada de aportaciones que prohíben considerar a Castro Rabadán un poeta novel. Que estuviese inédito, no quiere decir que no haya respirado y vivido largamente la poesía. Esta última consideración me viene a la pluma a raíz de sus fantasías, de ese surrealismo de buena ley, cuando hay martillos asesinos y el gato se escabulle por las teclas del piano. Otras veces son imágenes que acaso muchos habrán pensado sin acertar a expresarlas, como esos aviones que son interjecciones en el cielo, una ocurrencia feliz del poeta, al estilo del mejor Ramón de las greguerías.

Y en fin, creo que el presentador no debe robarle espacio al autor. Pero aún diré que este presentador no es un crítico, y menos un avalista. Mis palabras han querido ser nada más -y nada menos- que una invitación a sumergirse en una poesía que, en mi sincero juicio, merece haber salido a la luz.

Antonio Pereira